

La razón económica (Economía y Biodiversidad)

Los elementos de la Naturaleza son únicos, finitos e insustituibles, por lo tanto, su valor es incalculable

Francisco Javier Molina Pérez

*Economista
(Esp. Economía Regional),
GESPLAN S.A.
CEPLAM, La Laguna.*



Anaga (Tenerife).

Francisco J. Molina Pérez.

Muy a menudo, y dependiendo de quién lo diga, puede parecer que los términos ecología y economía describen conceptos enfrentados. Ésta es una impresión que está muy lejos de la realidad.

La ciencia económica tradicional sólo se ocupa de aquello que puede medir, por lo tanto, los economistas convencionales nunca se han interesado por la aportación del

medio ambiente como sustento de las actividades humanas. Para ellos, la Naturaleza no existe, es un elemento externo a su análisis. Como contrapartida, la economía como ciencia desde sus inicios se ha interesado por la relación de las actividades humanas con el medio ambiente, aunque no ha sido la línea de análisis predominante. Retomando ideas ya planteadas por algunos pione-

ros de la economía, surgieron en las últimas décadas del siglo XX una serie de economistas que, intentando superar la pobreza del análisis económico clásico, han integrado en el análisis de los sistemas económicos todos los procesos que componen la biosfera y los recursos naturales. Es lo que se conoce como economía ecológica, que reconoce a la Naturaleza como sustento vital de

Ambiental Gestión

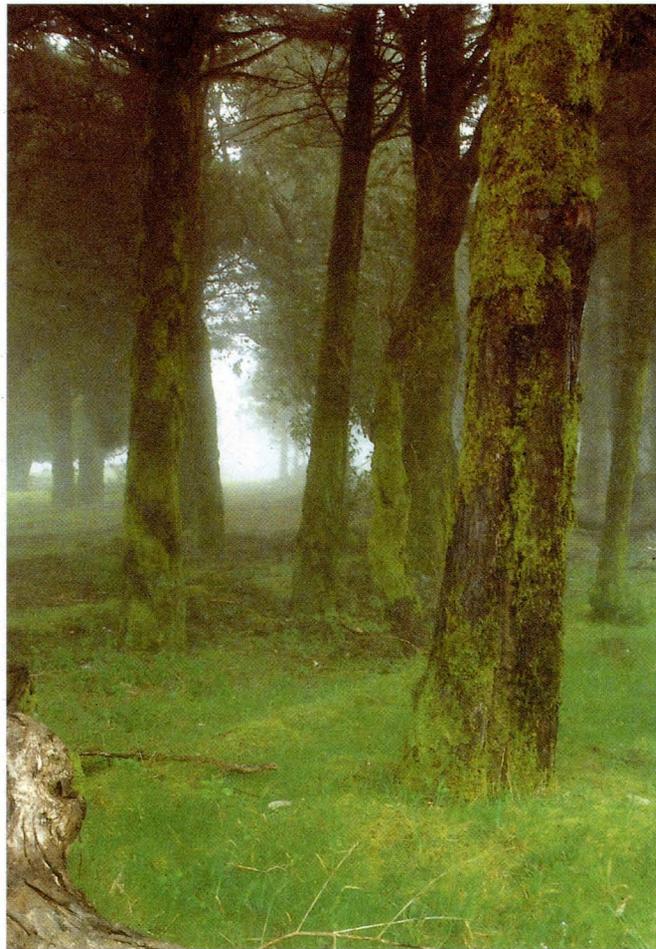
la actividad económica. En definitiva, la ecología describe el hogar de la Naturaleza, y la economía estudia el funcionamiento del hogar humano (Massiá, 2000).

Un claro ejemplo de lo que puede aportar esta visión de los sistemas económicos es el análisis del procedimiento de valoración de los recursos naturales, que todavía está dando sus primeros pasos y no siempre siguiendo el camino correcto. Son muy escasos los estudios con rigor científico sobre la valoración de los recursos naturales y, en cambio, abundan los análisis que pretenden pasar por serios cuando, en realidad, son la prueba evidente de que la ciencia económica se ha convertido gradualmente en el lugar de juego de muchos, interesados principalmente en ejercicios matemáticos sin relevancia más allá del papel en el que se hacen (Georgescu-Roegen, 1977).

Conservar la biodiversidad: las "4E"

Ya Cunnigham en 1987 enumeró las cuatro razones, "las 4 E", por las cuales debemos conservar la biodiversidad:

- 1) *La razón ética*, el derecho a la vida de todas las especies.
- 2) *La razón estética*, preservar la belleza de las especies que se extinguen.
- 3) *La razón ecológica*, el papel vital que puede desem-



Monteverde (El Hierro).

Francisco J. Molina Pérez.

peñar en un ecosistema la especie que se extingue.

- 4) *La razón económica*, el interés para la industria farmacéutica o alimenticia que puede tener la especie que se extingue.

Lamentablemente, parece ser que esta última es la única razón que llevaría al ser humano a crear las condiciones que eviten las extinciones masivas.

Para que esta razón económica sea tomada en cuenta en su justa medida, a la hora de tomar decisiones políticas en la producción eficiente de bienes

y servicios, es evidente la necesidad de poner precio a la biodiversidad, medida como capital natural, en la contabilidad nacional, para posteriormente tener una medida precisa de su pérdida en caso de que los agentes económicos, tanto del sector público como del sector privado, tomen decisiones que afecten negativamente a la biodiversidad, poniendo en peligro el desarrollo sostenible (tan de moda en estos días), es decir, mantener o aumentar el bienestar socioeconómico actual sin por ello perjudicar la subsistencia de este

bienestar en las generaciones futuras.

Esta integración de los recursos naturales en la contabilidad nacional, apareciendo como un sumando más, debe realizarse sin perder la perspectiva de que estamos haciendo una aproximación por defecto, es decir, cuando ponemos precio a la Naturaleza, la infravaloramos en cualquier caso. Recordemos que, aunque por nuestra forma de vida actual no lo parezca, es el sustento de la vida.

La valoración monetaria (poniendo un precio) de los diferentes recursos que nos aporta la Naturaleza tiene mucho camino por recorrer y aún es muy incompleta. Se están valorando las utilidades que tienen en la actualidad los recursos naturales (especies animales, vegetales o espacios naturales), pero no podemos conocer cuáles serán los usos que tengan en el futuro, no podemos valorar lo que no conocemos (por ejemplo, desconocemos si una especie será de suma importancia en el futuro porque pueda aportar un principio activo indispensable para el tratamiento de una enfermedad).

Esta monetarización de la Naturaleza, al ser un aspecto de la ciencia económica muy reciente y poco desarrollada, tiene otro importante inconveniente a superar. A las técnicas de análisis utilizadas actualmente les falta precisión, ya que se limitan a preguntar a los

"consumidores" de Naturaleza cuánto pagarían por seguir disfrutando de ella y éstos, en la gran mayoría de los casos, además de estar condicionada su respuesta por su renta personal, no son capaces de distinguir la biodiversidad frente a la biomasa. Mientras que la biomasa se refiere a la cantidad de materia viva existente en un espacio determinado, la biodiversidad define la riqueza de las formas de vida que ocupan ese mismo espacio. En este tipo de análisis primaría la valoración de la biomasa, que es la que más fácilmente perciben los consumidores y en la que Canarias no destaca especialmente, frente a la extraordinaria biodiversidad que muestra a nivel mundial nuestro archipiélago. Esta pérdida de detalle hace que esta valoración sea muy pobre y discutible. Por ejemplo, es muy probable que haya mayor riqueza de especies vegetales por metro cuadrado en el monte verde de nuestras islas que en los extensos bosques boreales de Europa y Norteamérica. Esto hay que valorarlo y las técnicas utilizadas actualmente no lo permiten.

Más grave quizás sea que estas técnicas se han mostrado totalmente inútiles para valorar la biodiversidad que contienen los océanos (poseedores de mayor diversidad morfológica que la tierra firme), desconocida aún en gran medida y que se ha revelado, recientemente, como una fuente inagotable de nue-



La Palma desde Las Fuentes (Guía de Isora. Tenerife).

Francisco J. Molina Pérez.

vos principios activos útiles para el hombre.

Procedimientos arbitrarios

En definitiva, estos procedimientos de valoración del medio ambiente, supuestamente muy modernos y sofisticados, en el fondo son tan arbitrarios que no pueden servir como base de políticas ambientales racionales (Martínez Alier, 1994). Debemos recordar que la economía es una ciencia social y no una ciencia exacta. Muchos comportamientos del ser humano, en lo económico, se explican mejor desde la psicología que desde las matemáticas.

¿Qué podemos hacer los economistas para lograr afinar estas técnicas de valoración?

Posiblemente la solución más adecuada consiste en empezar a matizar estos valores, resaltando y subrayando la importancia de las distintas funciones ambientales que cumplen estos elementos de la Naturaleza, funciones asimilativas, genéticas, productivas, acuíferas, edáficas, atmosféricas, científicas, educativas, recreativas, psicológicas, turísticas, etc. (Aguilera Klink, & col., 1994). Estas funciones no dependen del tiempo (en el futuro serán las mismas, siempre que sobrevivan estas especies y ecosistemas), ni se ven afectadas por consideraciones subjetivas (como la realización de encuestas para medir la disposición de pagar por conservar un paraje natural). Profundizar en el análisis de las funciones

ambientales, cuantificando su mejora o deterioro dependiendo de la interacción con las actividades humanas, será uno de los retos fundamentales para los economistas en los próximos años, ya que supone una de las escasas aproximaciones objetivas y con verdadero rigor científico al problema de la justa valoración de los recursos naturales.

En todo análisis coste-beneficio, que es una técnica ampliamente utilizada por los economistas para revelar la deseabilidad social de llevar a cabo un determinado proyecto económico, hay un apartado dedicado a estudiar los ingresos. Cuando analizamos la biodiversidad, este apartado es muy subjetivo, ¿qué recibimos por conservar la biodiversidad?, parece que si no le po-



Chromodoris rodomaculata.

Leopoldo Moro.

nemos precio a la Naturaleza hay quien cree que no recibimos nada. En realidad, si realizamos un repaso a las funciones ambientales señaladas anteriormente, al conservar el medio ambiente recibimos como "ingreso" nada menos que mantener la vida sobre el planeta.

Pero también debe haber una contabilización de los gastos. ¿Cuánto nos cuesta conservar la biodiversidad? Aquí no hay discusión posible, siempre podremos medir en pesetas, o en euros, lo que nos cuestan

las actuaciones de conservación de la Naturaleza, tanto por acción como por omisión (dejar de realizar alguna actividad o renunciar a algún uso productivo para preservar una determinada especie o hábitat).

Los elementos de la Naturaleza son únicos, finitos e insustituibles, por lo tanto su valor es incalculable. No son necesarias más cuentas. No obstante, posiblemente la única forma de que la sociedad tome conciencia de la necesidad de conservar la biodiversidad pase por crear mercados



P. quadrilineata.

Leopoldo Moro.

ficticios y ponerle precio a la vida en el planeta.

¿Es realmente imprescindible esta valoración monetaria para justificar la intervención pública en beneficio de la biodiversidad? La mayoría de la población acomodada de un país siempre prefiere la no actuación gubernamental, aún a riesgo de que las consecuencias pudieran ser alarmantes a largo plazo. La razón es evidente. El largo plazo puede no llegar y los beneficios futuros puede ser que los disfruten otros, en cambio los costes serán inme-

diatos y concretos y los afrontaría la generación presente, (Galbraith, 1992). Sin embargo, el sector público parece ser el único agente económico con visión suficiente para creer que el largo plazo llegará y la ciencia económica debe contribuir a que los recursos naturales tomen, ante los ojos de todos los sectores económicos, el valor que realmente tienen y, por lo tanto, favorecer que las decisiones estratégicas que nos lleven a un desarrollo sostenible se tomen adecuadamente y a su debido tiempo.



H. uncinata.

Leopoldo Moro.



Trachycaris restricta.

Leopoldo Moro.